

OTRA VEZ, MAGDA

Y está allí de nuevo... Vuelve a asomarse desde ese pequeño espacio cuadrado de la tapa de un libro, con su pelo corto y cara de niña desafiante. Hacía tiempo que no me topaba con ella en la mochila de mis recuerdos... El salto en el tiempo es mareador, pero las imágenes que acuden al llamado valen con creces ese primer instante de aturdimiento.

Dan ganas de comenzar con un “Erase una vez...” Pero no; éste no es un cuento creado por la imaginación, se trata de otro tipo de historia...

Es que, hace muchos años, conocí a una adolescente cuyo nombre era Magdalena. Nadie la llamaba así. Todos le decían Magda... estaba aún en la secundaria (¿así se llamaba?) y entró en mi vida, como todas las cosas buenas que me han sucedido, de manera improvisa y salió de allí como un suspiro, sin haberse ido nunca de verdad.

¿Cuántas Magdas han pasado desde entonces? ¿Cuántas vidas diferentes hemos intentado construir, transitando mundos y tiempos diferentes?

Volver a mirar desde el ahora y revivir tantas sensaciones pasadas en el tiempo, confirma la certeza del recuerdo y de la memoria. Es que estamos hechos de memoria, somos memoria viva. A veces dormida, pero viva.

Magda Alondra aleteó en algún momento cerca de nosotros. Hoy vuelve a volar trayéndonos de regalo su canto. Es un canto que está hecho de muchas notas, melodías y ritmos; invitante, desconcertante, cuestionador y hermoso.

Es como cuando una fuerte brisa nos trae, en ráfagas sucesivas, girones de frases, palabras sueltas de un largo discurso que se ha construido lenta y cuidadosamente a lo largo de mucho tiempo y nos invitan a reconstruirlo en nosotros con ternura y calor.

¿Qué dice ese canto? ¿Qué trata de comunicarnos?

La multiplicidad de formas y de contenidos da cuenta de un

mundo ancho y profundo, de una sensibilidad trabajada y afinada en la alegría y en el dolor, de una mirada aguda y sin concesiones que se temple con el afecto y la ternura.

Se nos revela, a través de sus palabras, una Magda compleja y completa; una personalidad fuerte en su fragilidad, su crecimiento en la Fe que brota de una entrega total y definitiva construida, paso a paso, a través del dolor y de la esperanza puesta a prueba.

Esponáneamente, vuelven a mí las palabras de la Oración del Abandono, del hermano Carlos de Foucauld:

“Padre mio,
me abandono a tí.
Haz de mi lo que Tu quieres,
Por todo lo que hagas de mí
te doy gracias...”

Hubo un trabajo del Señor, en Magda, que no cejó hasta tenerla toda para sí.

No podemos adentrarnos en élla sin pasar por el misterio de ese “allanamiento” de Dios en su espíritu.

“Alláname, ¡Dios!, ese camino sí es el correcto...”

Así escribía y rezaba.

La alondra se atrevió en pedírselo y El le hizo caso. Y cuando El accede, no se queda en chicas...

Desde siempre, Magda estuvo marcada por el Espíritu. No tuvo nunca ningún problema para declarar su fe en palabras y actos.

En un ambiente como el artístico, en el cual la multiplicidad de opciones y de adhesión a una u otra ideología invita a no ser muy explícitos en exteriorizar sus propias convicciones, bajo el pretexto de no imponer puntos de vista determinados, élla no se dejó llevar por fáciles acomodos ni por silencios prudentes.

Y eso desde y hasta que tuve la alegría de su cercanía.
He sabido del transcurso de su vida a través de otros y su

caminar se me había vuelto una suerte de sendero paralelo, sin atajos por los cuales poder acceder a ella. Hoy la vuelvo a encontrar, entrando por la puerta ancha de estas páginas repletas de la sabiduría que siempre emana de una vida vivida en consonancia con la propia conciencia.

A lo largo de la mía, un pensamiento me ha acompañado constantemente y me ha ayudado en muchas ocasiones a tomar el camino más cercano a lo correcto.

“ Si uno no vive como piensa, termina pensando como vive.”

Lo que conozco e intuyo de la vida de Magda me confirma esas palabras. Ella optó por la fidelidad, por el compromiso y por la confianza. Sus acciones y sus dichos llegaron a ser un todo coherente que expresaba su más profundo pensamiento. Siempre vivió conforme a su pensamiento y sus principios.

Quiero que se me entienda. No estoy haciendo las loas de una Santa entendida según los cánones de la Comisión respectiva de la Iglesia...

Por el contrario, rescato todo lo tremendamente humano de alguien que, casi en un grito, nos interpela:

“Revertir lo que nos han, malamente, inculcado. Vaya tarea. ¡¡¡Ahí vamos!!!

Señor, Dios, te quiero a mi manera.”.....

Y Dios hizo otro tanto... La quiso “allanándola”, respondiendo a su vez “a su manera”, la que suele ser incomprensible para nuestra razón.

Magda Alondra, nos guía de la mano por ese camino de entrega, revelándonos los pliegues más íntimos de un alma en continuo ascenso. Desde el mismo momento del llamado, con el asombro gozoso de los primeros descubrimientos, pasando por el atesorar con amor y paciencia el significado de las experiencias de su vida cotidiana, llega a la reflexión mística en toda su plenitud.

Si tuviera que resumir mi sensación al dejar las páginas de este libro autobiográfico, diría que se trata de una obra de una

profundidad mística excepcional, cuyo verdadero aporte consiste en su poder cuestionador y revelador del Espíritu en el tráfago de nuestra cotidianeidad.

Al terminar estas palabras, me asalta la idea de que, a lo mejor, algunos de ustedes esperaban de mí otras, de otro tipo, más sesudas y ligadas a los valores estético-literarios de la obra que comentamos hoy. Palabras de reconocimiento de lo que los escritos de Magda tienen en abundancia: belleza, lenguaje depurado, profundidad de mirada para describir hasta lo más aparentemente rutinario.

Sin embargo, al tener estas páginas entre mis manos, me sentí impulsado a repasar este tránsito de un alma hasta la plenitud de la entrega . **La obra de arte de Magda es su propia vida**, que transita por senderos intrincados y experiencias diversas para llegar a una meta seguramente impensada, pero infinitamente más plena y perfecta de todas las imaginadas.

Al perder contacto con ella en el trato cotidiano durante tantos años, recibo un regalo adicional. El del recuerdo vivo de su primera juventud. Magda se ha quedado en mí, en el rostro del Aprendiz charlatán o de Juana, ese mismo de la portada de este Magda Alondra.

No necesito hacer ningún esfuerzo para separar imágenes superpuestas de etapas posteriores, ni tratar de eliminar arrugas para volver al rostro querido de antaño. Solamente necesito cerrar un momento los ojos para volar de vuelta con ella a lo mejor de nuestros sueños juveniles, sin nostalgias ni tristezas.

Allí es donde comenzamos a construir aquellos sueños que aún nos acompañan y nos dan la fuerza para seguir luchando en la construcción de un mundo y un país en el cual todos quepan, todos puedan, y todos sean.

La Alondra Magda sigue aleteando en mi memoria y en mi espíritu con su eterna juventud que hoy, estoy seguro, goza con su bienamado hermano y señor Jesús.

Claudio di Girolamo

11 de mayo de 1998